

Democracia en jaque



AMERICA LATINA en movimiento

Edición digital

Publicación internacional de
análisis y opinión de la Agencia
Latinoamericana de Información

ISSN No. 1390-1230

Director: Osvaldo León

ALAI: Dirección postal
Castilla 17-12-877, Quito, Ecuador

Sede en Ecuador
Av. 12 de Octubre N18-24 y Patria,
Of. 503, Quito-Ecuador
Telf: (593-2) 2528716 - 2505074
Fax: (593-2) 2505073

URL: <http://alainet.org>

Redacción:
info@alainet.org

Suscripciones y publicidad:
aladamin@alainet.org

ALAI es una agencia informativa, sin
fines de lucro, constituida en 1976
en la Provincia de Quebec, Canadá.

Las informaciones contenidas en esta
publicación pueden ser reproducidas
a condición de que se mencione
debidamente la fuente y se haga
llegar una copia a la Redacción.

Las opiniones vertidas en los artícu-
los firmados son de estricta respon-
sabilidad de sus autores y no reflejan
necesariamente el pensamiento de
ALAI.

Suscripción versión impresa (10 números anuales)

	Individual	Institucional
Ecuador*	US\$ 34	US\$ 40
A. Latina	US\$ 60	US\$ 80
Otros países	US\$ 75	US\$ 140

* Incluye IVA

Cómo suscribirse:

www.alainet.org/revista.html
se aceptan pagos por Internet

518

octubre 2016
año 40, 2ª época

Ilustración de portada
Pedro Cagigal

Diseño editorial
Verónica León

Democracia en jaque

- 1 La democracia en jaque:
Por una agenda para América Latina
Monica Bruckmann
- 6 Golpes de Estado de nuevo tipo e
Involución democrática
Atilio Borón
- 10 Democracia en América Latina:
Las lecciones de Brasil
Roberto Amaral
- 13 Democracia y Estado en Panamá
Marco Gandásegui
- 17 La ofensiva del gran capital y las amenazas
para Latinoamérica
Theotônio dos Santos
- 22 El progresismo está atrapado en la
telaraña institucional capitalista
Antonio Elias
- 25 Democracia y poder popular
Luis Hernández Navarro

La democracia en jaque: Por una agenda para América Latina

Monica Bruckmann

Es indudable que vivimos tiempos de grandes amenazas a las conquistas democráticas que América Latina acumuló a lo largo de los últimos años, desde el inicio del siglo XXI. A un ciclo de expansión de la participación social en proyectos políticos populares, de ampliación del gasto público en políticas sociales (aun cuando no se avanzó en cambios económicos estructurales) y de importantes avances en los procesos de integración regional, amenaza imponerse un periodo de reinstauración conservadora en el continente.

Se trata del regreso a un pensamiento económico profundamente fallido en sus propias bases, el neoliberalismo del siglo XX, y su probada receta económica que extrapoló los niveles de pobreza y miseria en la región y redujo las economías de América Latina a niveles recesivos. Se trata del regreso a rupturas del estado de derecho y el voto popular, ya no por la vía de los golpes militares, sino a través del uso de representaciones parlamentarias profundamente cuestionables articuladas a poderosas campañas mediáticas desplegadas por los monopolios comunicacionales. Se trata de un boicot sistemático a los proyectos de integración regional y a sus diversos intentos de elaboración estratégica para retornar a una política de realineamiento con la visión hege-

mónica de Estados Unidos. Se trata de utilizar el concepto de autonomía para suprimir el dominio democrático a instituciones absurdamente poderosas, como los Bancos Centrales, cuyos técnicos pretenden estar por encima de cualquier política pública sujeta a control democrático.

La pregunta clave es ¿Cuánto tiempo puede durar esta ofensiva?

Es poco probable que este ciclo de reinstauración conservadora se extienda por mucho tiempo. Son varias las razones que conducen a este análisis. En primer lugar, el hecho de que las clases dominantes y los sectores políticos que promueven este proceso, se articulan a una potencia hegemónica decadente. Los principales indicadores de la economía mundial muestran que Estados Unidos ha perdido, desde hace ya algún tiempo, su condición de mayor economía del mundo. Según el Fondo Monetario Internacional, en 2014 el Producto Interno Bruto de Estados Unidos, medido en dólar estadounidense por poder paritario de compra (PPP), había pasado al segundo lugar a nivel mundial, después de China. En 2015 la diferencia entre el PIB chino y el de Estados Unidos se amplía. Las proyecciones de PwC¹ indican que en 2030 la economía estadounidense representará apenas 66% de la economía china y en 2050, el PIB de Estados Unidos se colocará en tercer lugar, después de India y

Monica Bruckmann es socióloga, profesora de la Universidad Federal de Río de Janeiro, directora de investigación de la Cátedra UNESCO sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable, REGGEN; y presidenta de ALAI.

1 PwC: Will the shift in global economic power continue? Febrero de 2015.

China. Los indicadores de ciencia y tecnología muestran el desplazamiento de los centros más dinámicos desde Estados Unidos y Europa hacia el sudeste asiático. Tal vez la única dimensión donde Estados Unidos mantenga aún una hegemonía incuestionable sea en el ámbito militar, de ahí su gran interés en negociar con la UE un acuerdo contra la “amenaza rusa” y el “terrorismo” que signifique la obligatoriedad de destinar el 2% del PIB de los países del bloque al gasto militar. Vale observar que este 2% está muy por encima de los niveles de gasto militar de la mayoría de países de la UE. Evidentemente, este acuerdo tiene como finalidad dinamizar la industria militar en Estados Unidos.

Este es, tal vez, el error de cálculo más grave de las clases dominantes de la región, poco interesadas por un análisis más pertinente de la economía y la geopolítica mundial y profundamente subordinadas a intereses, sobre todo ideológicos, que les aportan réditos económicos particulares.

La segunda razón que proponemos para una duración efímera del ciclo de reinstauración conservadora es el potencial de la respuesta popular y la conciencia política acumulada a lo largo de más de una década de participación de la población organizada, las comunas, los movimientos populares en diferentes esferas de gestión de gobierno y toma de decisiones en las varias y diversas experiencias de construcción de poder popular en la región. Cuanto mayor el despliegue de proyectos neoliberales articulados a la contención del gasto público, a la reducción de la inversión en políticas sociales, a la creación de estructuras normativas que legitimen la pérdida de derechos laborales y civiles, a la pérdida de soberanía, a la reducción de los servicios de salud y educación, etc., más rápido será el desgaste político y corrosión de la base social que, eventualmente, apoya este proceso. De ahí la necesidad de restaurar prácticas autoritarias, anti democráticas y de criminalización de los espacios y mecanismos democráticos.

De lo anterior se deduce que un análisis histórico de larga duración sea tal vez una de las dimensiones analíticas más contundentes para esclarecer las tendencias de la coyuntura latinoamericana que se inicia a fines del 2015, con la elección de Mauricio Macri en Argentina, seguido de la destitución de la presidenta Dilma Rousseff en Brasil y el recrudecimiento de los intentos para desplazar al gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela.

El contenido democrático de las luchas en América Latina

América Latina tiene una vasta tradición de luchas democráticas, desde el período de la colonia en que los poderes locales llegaron a ejercer una presencia significativa y colocar en riesgo el poder colonial, a través de los consejos de comuneros (véase el levantamiento de los Comuneros del Paraguay 1717-1735 o la Rebelión de Tucuyó en Venezuela 1749-1751, por ejemplo). Las luchas por la independencia resultaron en gobiernos republicanos con pocas excepciones, como el caso de Brasil.

Durante todo el siglo XIX la lucha por el fin de la esclavitud y el servilismo fue permanente y alcanzó su culminación con algunas de las victorias más importantes como fue la descolonización de Cuba y de Puerto Rico, a las que Estados Unidos intentó aplastar en nombre de su participación en la “guerra contra España”. Esta estrategia de anexión tuvo un éxito relativo en Puerto Rico y con una fuerte oposición en Cuba, cuyo proceso abrió camino, 50 años después, al triunfo del movimiento guerrillero comandado por Fidel Castro.

De esta manera, la soberanía de los pueblos se aproxima de la soberanía nacional, puesto que la autonomía de los Estados nacionales es condición para el ejercicio de la soberanía de los pueblos. Es importante destacar que, tanto la soberanía de los pueblos como las soberanías nacionales en nuestro continente se integran fuertemente a la idea de una soberanía regional. La fuerza de la figura de Bolívar es prueba de la dimensión profunda del ideal de

soberanía regional contra un poder considerado amenazador, que sería el de los Estados Unidos cuando se apodera de tierras mexicanas y levanta la doctrina Monroe como base de una visión hemisférica Panamericanista que se opone drásticamente a la unidad subregional.

Es muy importante destacar que las luchas por la democratización y contra las dictaduras de los años 50, 60 y 70 tuvieron un fuerte contenido regional. La manutención del proceso revolucionario en Cuba se articula con el ideal martiniano de “Nuestra América”. Ideal contra el cual se volcó la Organización de Estados Americanos (OEA), bajo la imposición de Estados Unidos, cuando promovió la ruptura de relaciones de todos los países de la región con Cuba, excepto México. Históricamente, la afirmación de proyectos de derecha en el continente, siempre pasaron por la negación y el combate a la unidad continental.

En el ámbito económico, los proyectos de desarrollo involucraron siempre una cooperación regional que tuvo dificultad de realizarse por la oposición sistemática de Estados Unidos y los instrumentos creados a lo largo del siglo XX en el contexto del desarrollo panamericanista. Solo a inicios del Siglo XXI se puede verificar que esta acumulación de luchas históricas consigue materializarse en la creación de espacios continentales de integración como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) en 2007 y la Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe (CELAC), en 2012, con un elemento crucial para el éxito de la cooperación continental que es la participación de todos los países del Caribe que ya habían alcanzado una cooperación intrarregional importante, a través de la Comunidad del Caribe, CARICOM.

Esta integración económica requiere una integración política basada en gobiernos populares y en sistemas democráticos que involucren la participación directa de las comunidades, la sociedad civil y los pueblos en la gestión del Estado. La construcción de Estados Plurinacionales en Bolivia y Ecuador, al incorporar

diversas esferas del poder comunal al poder del Estado, no sólo representa un cuestionamiento al modelo de Estado moderno europeo (y estadounidense) que inspiró la formación de los Estados nacionales en América Latina, sino que nos coloca frente a la posibilidad de resignificar la democracia representativa al incorporar poderosos instrumentos de participación popular. Este conjunto de experiencias encuentra una expresión más radical en los intentos de construir un poder popular que emerge desde la organización comunitaria de base, como elemento estructurante de una nueva concepción de democracia participativa. La comprensión de estos procesos políticos requiere la formulación de nuevos enfoques teóricos sobre el Estado en América Latina y ha abierto una amplia discusión en torno a un nuevo constitucionalismo.

Las experiencias de participación comunitaria en Venezuela, muy próximas de las de Cuba, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil y la Vía Campesina, han influido en programas y proyectos políticos en todo el continente, como el Presupuesto Participativo en Brasil y experiencias de autogestión en Argentina, Nicaragua, etc. Como expresión de este movimiento de “abajo hacia arriba”, podemos destacar en particular la creación del Foro Social Mundial, que elevó esta visión regional a la esfera del debate mundial.

Todas estas experiencias demuestran las inquietudes sociales frente a las debilidades de la democracia representativa para atender las demandas de las fuerzas populares. Tema que está en discusión a partir de movilizaciones de masa en los últimos años en Brasil, por ejemplo, y en otras partes de la región, que expresan una pérdida de legitimidad de las formas de representación política.

Amenazas y resistencias

A. Los “golpes blandos” y la criminalización de la política

En este contexto, es previsible el amplio des-

pliegue de acciones sistemáticas de las clases dominantes y los centros hegemónicos del poder mundial para inviabilizar e impedir la consolidación de los avances democráticos en la región. La ofensiva antidemocrática iniciada con el fallido golpe de Estado contra el gobierno constitucional de Hugo Chávez en Venezuela (11 de abril de 2002), encuentra su auge en el nuevo ciclo de reinstauración conservadora que se inicia a fines de 2015.

Fracasados el golpe de Estado en Venezuela, el intento de golpe de Estado en Ecuador (2010) bajo la conducción de sectores de la Policía Nacional y la preparación de una confrontación armada en Bolivia, se elabora una intervención más sofisticada con el mismo objetivo de la reinstauración del proyecto neoliberal. Se puede afirmar que esta estrategia empieza a dibujarse en la experiencia de Honduras que demostró que una alianza del Parlamento con el Poder Judicial, aún con una participación militar poco importante pero con el poderoso instrumento de los medios de comunicación monopólicos, consigue derrocar el gobierno de Manuel Zelaya (2009). Este mismo experimento fue repetido en Paraguay (2012), donde las instancias de integración suramericana, particularmente la UNASUR, no consiguieron cambiar el rumbo del proceso golpista. En el caso de Brasil, inmediatamente después de una derrota electoral de la derecha, se instala un proceso de destitución de la presidenta Dilma Rousseff, que usa una apariencia legal a través de una combinación de procesos jurídicos sin fundamento, articulación sistemática de *lobbies* empresariales y políticos, manipulación de movimientos de calle y la coordinación de todo el sistema mediático multimedia. Así se consigue concretizar un golpe de Estado institucional con la destitución de la Presidenta de la República sin la comprobación de ningún crimen.

B. La reinstauración neoliberal

Frente a la expansión de los gobiernos populares del siglo XXI, los representantes del gran capital se han volcado a una acción sistemática

con el objetivo de restaurar el proyecto neoliberal. En primer lugar está el convencimiento de que la hegemonía de Estados Unidos sobre el sistema mundial es, y debe ser, mantenido ante la expansión económica, política e ideológica originada en la regiones consideradas periféricas. Esta negación sistemática de los hechos conduce a la idea de la restauración de la hegemonía estadounidense como principio ideológico. En segundo lugar, el intento de preservar el rol determinante del llamado “libre mercado” apoyado en la idea del intercambio entre productores privados organizados por la mano invisible del mercado. Esta visión ignora el papel fundamental de los monopolios privados y de la intervención estatal como los organizadores de un mercado mundial que determina cada vez más los mercados nacionales y locales.

El sistema que se estructura después de la Segunda Guerra Mundial, bajo el liderazgo del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial es concebido como una forma de viabilizar economías de libre mercado cuando de hecho son gigantescas formas de intervención del Estado, especialmente sobre las economías periféricas y dependientes. En tercer lugar, frente a los cambios de correlación de fuerza y de las estrategias geopolíticas de alcance regional que se desdoblan cada vez más en estrategias mundiales, el centro del sistema intenta garantizar su hegemonía a través de acciones militares, actos de fuerza y control ideológico que tiene un alto costo económico, financiero y humano.

Cuarto, al ignorar los intereses de vastos sectores de la población afectados por estas políticas y despreciar su capacidad de reacción, se configura una visión del mundo y un sistema irracional que pone en riesgo la sobrevivencia de la humanidad, sea a través de la creciente militarización y de las guerras permanentes, sea a través de una capacidad colosal de destruir el medio ambiente y el planeta.

Recolonización y militarización de los territorios

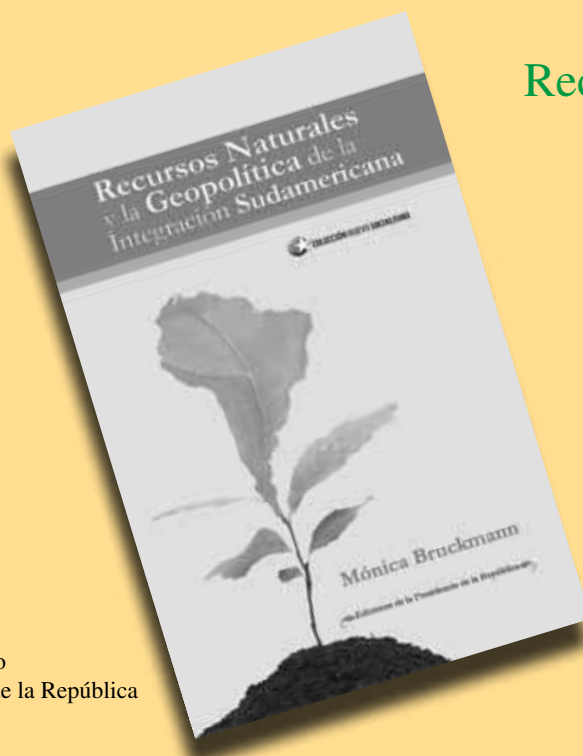
La expansión de la demanda de recursos naturales a nivel mundial, profundiza estas contradicciones. La disputa por el acceso, gestión y apropiación de recursos naturales estratégicos se convierte en un elemento central de la acumulación capitalista que privatiza y financieriza la naturaleza. La visión estratégica de Estados Unidos, que establece que el acceso y gestión de recursos naturales es una “cuestión de seguridad nacional” que garantiza “la salud de su economía y de su población”, ha sido capaz de articular una estrategia multidimensional de apropiación de recursos naturales a nivel global, en la medida en que las principales reservas de los mismos se encuentran fundamentalmente fuera de su territorio continental y de ultramar. A partir de esta visión, Estados Unidos ha desplegado un conjunto de políticas de recolonización de los territorios y los países que detentan estos recursos.

En América Latina tenemos innumerables ejemplos de la puesta en marcha de esta estrategia que combina instrumentos militares, políticos, diplomáticos y económicos, y cuyos

operadores, las empresas transnacionales que actúan en el sector, desarrollan también estrategias globales². El ciclo de reinstauración conservadora en América Latina ha colocado, como uno de los principales objetivos de sus programas, la articulación de los gobiernos a esta visión estratégica de Estados Unidos, a través de una política sistemática dirigida a debilitar los procesos de integración regional que se desarrollaron en el marco de una nueva visión de soberanía en relación al aprovechamiento y gestión de estos recursos.

En este contexto se abre la necesidad de un debate serio para analizar las tendencias de la coyuntura actual en América Latina y elaborar una agenda regional que articule la acción de las fuerzas progresistas frente a las amenazas a las conquistas populares y la restauración del proyecto neoliberal que unifica los intereses de la derecha. ◀

2 Véase: BRUCKMANN, Monica. Recursos naturales y la geopolítica de la integración sudamericana. Editorial de la Vicepresidencia de Bolivia: La Paz. 2016.



Recursos Naturales y la Geopolítica de la Integración Sudamericana

Monica
Bruckmann

Colección: Nuevo Socialismo
Ediciones de la Presidencia de la República
Caracas - Venezuela, 2012
www.presidencia.gob.ve

Golpes de Estado de nuevo tipo e involución democrática

Atilio A. Boron

Una de las infelices novedades de la época actual ha sido la emergencia de un nuevo tipo de golpe de Estado, claramente diferenciado de los que sufrieran durante gran parte del siglo veinte los países de América Latina y el Caribe. En el pasado, cuando había un golpe de Estado se hablaba, con razón, de un “golpe militar”. Toda la voluminosa literatura de la ciencia política y la sociología entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado está inundada de títulos de libros y artículos que llevan ese nombre: “golpe militar”. Ya no más.

¿Significa esto que los golpes de estado han desaparecido de la escena latinoamericana, enterrados para siempre gracias a la vitalidad y/o consolidación de sus regímenes democráticos? La respuesta es no; que lo que ha habido es una metamorfosis de los golpes de Estado en línea con las transformaciones que tuvieron lugar en la anatomía del poder social. Los intelectuales del imperio hablan ahora del “poder blando” (*“soft power”*) y afirman que es más efectivo que su predecesor, basado más en la fuerza que en la manipulación de las conciencias. En paralelo con esta transformación, el golpe de Estado también experimentó una mutación y las roídas

bayonetas de los militares fueron sustituidas por el mortífero “*ménage à trois*” del terrorismo mediático, el expediente judicial y el informe parlamentario. Todo esto en el marco de un acentuado proceso de involución política que ha convertido, en grados variables en los capitalismos avanzados tanto como en las turbulentas periferias del sistema, a las democracias burguesas en sórdidas plutocracias. Pugna presidencial entre millonarios en Estados Unidos, desde hace años; Silvio Berlusconi como el zar de los medios que se devora a la política italiana; o el “rey del chocolate” Petro Poroshenko en Ucrania; Sebastián Piñera en Chile y Mauricio Macri en la Argentina son pruebas vivientes de esta deplorable involución.

Ahora bien, cuáles son las razones de la degradación de la vida democrática. Refiriéndonos por ahora al caso de los países de América Latina diremos, en primer lugar, que la causa endógena profunda de la inestabilidad política en nuestros países ha sido la obstinación de las clases dominantes y sus aliados en desconocer que la democracia es algo que va mucho más allá de la fijación de un conjunto de reglas del juego que determinan como se accede a posiciones de poder. Una democracia digna de ese nombre tiene que ser un eficaz instrumento para la construcción de una sociedad justa y, a la vez, una expresión de los avances logrados hacia la justicia social. Tal como ha sido señalado por numerosos autores inscriptos en la tradición socialista, existe una irreconciliable contradicción entre capitalismo y

Dr. Atilio A. Boron es director del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini (PLED), Buenos Aires, Argentina. Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2013.
www.atilioboron.com.ar

democracia.¹ El primero es por definición una estructura económica y social genéticamente anti-democrática toda vez que se constituye a partir de la escisión estructural entre propietarios y no propietarios de los medios de producción, condenando a los segundos a depender, para asegurar su sobrevivencia, de que los primeros consideren rentable contratar su fuerza de trabajo. El resultado es una sociedad profundamente desigual, que sólo admite —y esto luego de largas y enconadas luchas— algunas enmiendas marginales a su injusticia original. La democracia, en cambio es un régimen político y social basado en la igualdad; no sólo en la formal, que es importante, sino en la sustantiva, en la que hace a las condiciones de vida de la población. Esto es así, no sólo para la tradición marxista, sino para el liberalismo conservador y aristocrático de un Alexis de Tocqueville: tanto para el marxismo como para la concepción tocquevilliana la democracia es la expresión política de una sociedad de iguales—o al menos de potencialmente iguales—o por lo menos orientada hacia la entronización de la igualdad social. Por eso, le asiste la razón a Boaventura de Sousa Santos cuando al revisar el descendente itinerario histórico de la democracia concluyó que:

*“La tensión entre capitalismo y democracia desapareció, porque la democracia empezó a ser un régimen que en vez de producir redistribución social la destruye [...] Una democracia sin redistribución social no tiene ningún problema con el capitalismo; al contrario, es el otro lado del capitalismo, es la forma más legítima de un Estado débil.”*²

1 El texto que elabora este argumento de modo exhaustivo es el libro de Ellen Meiksins Wood, **Democracia contra capitalismo. Renovando el materialismo histórico** (Buenos Aires: Siglo XXI, 1999). Una reflexión desde América Latina se encuentra en nuestro **Aristóteles en Macondo. Notas sobre Democracia, Poder y Revolución en América Latina** (Buenos Aires y Córdoba: Ediciones Luxemburg y Editorial Espartaco), 2014.

2 Boaventura de Sousa Santos, **Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social**. (Buenos Aires: CLACSO/ Instituto Gino Germani: 2006). pg. 75

Los golpes de Estado, ahora los de nuevo tipo, procuran corregir los “errores” de la masa plebeya que por su ignorancia y ofuscamiento y gracias al sufragio universal puede encumbrar a la primera magistratura a cualquier demagogo que le prometa el cielo en la tierra, olvidándose que, como lo recuerdan los políticos y publicistas de la burguesía, en la sociedad no existen los “almuerzos gratis”.

Injerencia externa

Aparte de estos factores endógenos que originan los golpes militares están los de carácter exógeno, aunque hay que aclarar sin más dilaciones que la distinción entre éstos y los de carácter endógeno es más analítica que real. Una palabra sintetiza la naturaleza de estos factores, supuestamente “externos”: imperialismo. Es decir, la continua injerencia de Estados Unidos a través de los más variados dispositivos —políticos, sociales, ideológicos, mediáticos, militares, policiales, económicos y financieros— en la vida de las sociedades latinoamericanas. Agréguese también aquí el nefasto rol jugado por los mal llamados organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, etcétera) que según uno de los más sofisticados intelectuales del imperio, Zbigniew Brzezinski, son meras extensiones del Departamento del Tesoro de Estados Unidos; y el rol jugado por las grandes empresas transnacionales, respaldadas invariablemente por los gobiernos de los países en los cuales tienen sus casas matrices, y de ese modo se tendrá una somera visión de la enorme gravitación que estos agentes tienen en el desenvolvimiento de la vida política de los países del área.³ Un dato adicional que permite apreciar en sus justos términos la influencia estadounidense en la región —algo que es metódicamente subestimado, cuando

3 Refiriéndose explícitamente al Banco Mundial y al FMI Brzezinski dice que: “...son instituciones fuertemente dominadas por los Estados Unidos”. Lo mismo cabe decir del BID. Cf. Zbigniew Brzezinski, **El Gran Tablero Mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos** (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1998), p. 37.

no desechado por completo, por el saber convencional de las ciencias sociales— es lo que un estudioso norteamericano ha denominado “la presunción hegemónica” que los círculos dominantes de Estados Unidos comparten en relación a Latinoamérica.⁴ Esta presunción, profundamente arraigada inclusive en expresiones políticas relativamente progresistas en ese país, es que los que se sitúan al Sur del Río Bravo deben estar bajo la permanente tutela de la Casa Blanca. Y esto no es nuevo. Así lo expresó claramente el presidente Theodor Roosevelt en lo que pasó a ser conocido como el “Corolario Roosevelt”. Corolario, tal como lo planteara sin ambages el presidente estadounidense, de la Doctrina Monroe (1823). En su Discurso sobre el estado de la Unión ante el Congreso de Estados Unidos del 6 de Diciembre de 1904, dijo que:

*“No es cierto que los Estados Unidos desee territorios o contemple proyectos con respecto a otras naciones del hemisferio occidental excepto los que sean para su bienestar. Todo lo que este país desea es ver a las naciones vecinas estables, en orden y prósperas. Toda nación cuyo pueblo se conduzca bien puede contar con nuestra cordial amistad. Si una nación muestra que sabe cómo actuar con eficiencia y decencia razonables en asuntos sociales y políticos, si mantiene el orden y paga sus obligaciones, no necesita temer la interferencia de los Estados Unidos. Un mal crónico, o una impotencia que resulta en el deterioro general de los lazos de una sociedad civilizada, puede en América, como en otras partes, requerir finalmente la intervención de alguna nación civilizada, y en el hemisferio occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede forzar a los Estados Unidos, aun sea renuientemente, al ejercicio del poder de policía internacional en casos flagrantes de tal mal crónico o impotencia.”*⁵

4 El texto canónico sobre el tema lo escribió Abraham Lowenthal, “Two hundred years of American Foreign Policy. The United States and Latin America. Ending the hegemonic presumption”, en *Foreign Affairs*, Octubre 1976.

5 Ver el discurso de Roosevelt en: <http://www.infoplease.com/t/hist/state-of-the-union/116.html>

Desgraciadamente, los politólogos formados en la tradición anglosajona ignoran esta clarísima advertencia formulada nada menos que por el primer Roosevelt y donde deja sentadas las bases ideológicas y morales justificativas de la intervención de la Casa Blanca en los países del área. Por ejemplo, cuando Evo Morales recupera para Bolivia las riquezas hidrocarbúferas de ese país, está incurriendo en un acto claramente indecente, aparte de ineficiente, al igual que cuando Salvador Allende hizo lo propio con la nacionalización de las minas de cobre (“el sueldo de Chile”, decía el presidente mártir) o la reforma agraria; o cuando Hugo Chávez recuperó el petróleo venezolano o Rafael Correa ordenó el desalojo de la base de Manta y otorgó asilo diplomático a Julian Assange. O, caso extremo, cuando la Revolución Cubana decidió acabar con la sujeción de la isla a los dictados de Washington, haciéndose pasible del mismo escarmiento. En resumen: todas estas iniciativas, contrarias a todas luces a la “eficiencia y la decencia” que debe tener un gobierno no hicieron otra cosa que desatar la necesaria intervención correctiva de Estados Unidos, que así procede con la soberbia y la arbitrariedad de quien está convencido de tener la justicia y la moral de su lado.

El “golpe blando”

Sobre esta plataforma ideológica, hija del mesianismo heredado de sus primeros colonos y del “supremacismo” racial propio del Destino Manifiesto, se construye la parafernalia institucional y la estrategia política que conduce inevitablemente al “golpe blando”. Por eso el presupuesto federal de Estados Unidos aprueba año tras año ingentes sumas de dinero específicamente destinadas a “reanimar la sociedad civil” allí donde Tío Sam la encuentra pasiva y desorganizada; para educar en las virtudes de la “buena gobernanza” a líderes políticos y sociales opuestos a los gobiernos pro-

Hemos examinado en detalle sus implicaciones contemporáneas en nuestro *América Latina en la Geopolítica del Imperialismo* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2012), pp. 64-66.

gresistas y de izquierda; para enseñar “buenas prácticas” a jueces, fiscales y legisladores de los países en cuestión así como para entrenar periodistas en los últimos avances de la comunicación social y para gestar el clima destituyente que garantice el éxito de la operación. Esto aparte de los dineros que con estos mismos fines aparecen camuflados en el presupuesto (bajo el rubro de “ayuda” administrada por la USAID) o simplemente, no aparecen, como el presupuesto de la CIA y otras agencias de inteligencia de Estados Unidos encargadas de abatir gobiernos desafectos.

Llegada la hora de los hornos, serán aquellos actores los que arremeterán contra los gobiernos adversarios para poner fin a políticas que el imperio considera contraria a sus intereses. Todo este despliegue va acompañado, por supuesto, por una sostenida penetración de todo tipo —equipamiento, logística, cursos de instrucción, ejercicios conjuntos, etcétera— en las fuerzas armadas, garantes en última instancia de la eficacia del “golpe blando”. Porque si bien este no requiere de los militares en la calle para destituir a un presidente de izquierda, sí los necesita para las labores de

“limpieza política” que, conjuntamente con el paramilitarismo o los “grupos de tarea”, inexorablemente se pondrán en marcha a la hora de construir el nuevo orden. En suma, toda una nueva metodología golpista en donde el derrocamiento de un gobierno indeseable es, en principio, indoloro e inaudible. A diferencia de los golpes militares, cuyos preparativos eran indisimulables, la conspiración de los nuevos golpistas es silenciosa y casi imperceptible, salvo para unos pocos. No tiene el estrépito del golpe militar pues se disfraza con ropajes legales e irreprochablemente republicanos. Aparece como resultado del rodaje normal y previsible de las instituciones democráticas: una Cámara que denuncia, un Senado que juzga, unos jueces que condenan y una oligarquía mediática que dispone de la artillería necesaria para adormecer a la opinión pública y justificar la destitución del (o de la) presidente y la usurpación de su cargo. Pero el “golpe blando” es una gigantesca estafa a la voluntad popular, al juego democrático y además es tan sanguinario como sus predecesores. Los casos de Honduras y Paraguay demuestran taxativamente lo que estamos diciendo. ◀



Democracia en América Latina: Las lecciones de Brasil

Roberto Amaral

De la debacle de las izquierdas¹ y de las fuerzas populares en las elecciones municipales brasileñas de octubre de 2016² —fruto de la acumulación de errores tácticos y estratégicos, además de desviaciones éticas— surge un cuadro sobre el cual debemos reflexionar, para sacar lecciones necesarias. Tarea de quien quiere aprender de la historia y no seguir repitiendo errores. Hay muchas lecciones y la primera de ellas es la falacia de la conciliación de clases con la que tanto se enamoró el lulismo en el gobierno. Se trata, sin embargo, esa debacle, de una derrota que no puede ser recibida con sorpresa por ningún observador de nuestra escena política, pues fue anunciada (para quienes querían ver y oír) por la previa derrota en el debate ideológico

1 En comparación con 2012 (última elección municipal), el Partido de los Trabajadores (partido hegemónico de la izquierda brasileña), perdió 10 millones de votos (que no fueron transferidos a ninguna otra organización de izquierda) y 242 prefecturas (datos de la primera vuelta) lo que representa el 45% de sus alcaldes y el 60% de sus consejeros.

2 Que implica la elección de alcaldes y concejales de todos los 5.570 municipios brasileños, y movilizar a un electorado de 145 millones (datos del Tribunal Superior Electoral -TSE- y del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, IBGE).

Roberto Amaral es escritor y politólogo, ex ministro de Ciencia y Tecnología del primer gobierno de Lula. Autor de *A serpente sem casca (da crise à Frente Popular)*.

El autor agradece la colaboración con este artículo de sus colegas Pedro Amaral y César Romero Jacob.

co³ y la disputa por la hegemonía. Pero este hecho objetivo no cierra toda la historia y requiere un mínimo de contextualización. Es el difícil reto de este pequeño texto.

El proceso político en Brasil, que también se explica por el avance del pensamiento y la acción de la derecha —entre nosotros en proporciones desconocidas desde la redemocratización de 1945 con la caída del Estado Novo⁴ —guarda, sin duda, relaciones con los contextos internacional (en particular con el ascenso de la derecha en Estados Unidos y Europa) y latinoamericano, particularmente en América del Sur, con la crisis venezolana, la elección de Mauricio Macri en Argentina, la consolidación de la derecha en Perú y, finalmente, la victoria del No en el plebiscito de Colombia con el protagonismo del ex presidente Álvaro Uribe, en el papel de líder de la derecha ortodoxa. Obviamente, sobre nuestro marco político-institucional actuaron, e intensamente, los intereses de Estados Unidos, descontentos, principalmente, con la política exterior brasileña, que se llevó a cabo especialmente entre 2003 y 2011.

3 Las limitaciones de este texto no permiten un análisis sobre las transformaciones ideológicas operadas en la sociedad brasileña y que comenzaron a ser evidentes a partir de las llamadas “jornadas de junio” de 2013. Menciono tan solo un elemento, todavía a la espera de sus exégetas, que es el avance de la prédica de los evangélicos pentecostales, que en Brasil crecieron del 3,2% de la población en 1980 al 13,3 en 2010. A propósito del voto de la derecha en zonas de predominio pentecostal, ver: *A Geografia do voto nas eleições Presidenciais do Brasil: 1989-2006*. Rio de Janeiro, Editora PUC-Rio, 2010.

4 Así se autodenominó la “dictadura Vargas” (1937-1945).

Esto no fue, sin embargo, el elemento decisivo.

Estas elecciones no pueden entenderse fuera de la crisis de la política del gobierno de Dilma Rousseff y de la crisis ético-política del Partido de los Trabajadores (PT), ni de la articulación que, con miras al golpe, reunió al gran capital financiero y al agronegocio, los grandes medios de comunicación de masas, sectores significativos del Poder Judicial y la alta burocracia estatal (como la Policía Federal y el Ministerio Público). Fue precisamente esta articulación la que aseguró la victoria del «golpe de nuevo tipo»⁵ —pero bien conocido en la historia de Brasil⁶—, operado por el Congreso Nacional a través de un *impeachment* que determinó la anulación del mandato legítimo de la presidenta, allanando el camino para la instauración de un Estado autoritario en tránsito hacia una “dictadura constitucional” apoyada por el Poder Judicial.

5 Se generalizó la expresión para significar, en contraste con la tradición latinoamericana, los golpes llevados a cabo sin el uso de la violencia militar (Brasil-1964, Chile-1973, por ejemplo), del que son ejemplo los casos de Honduras (2009) y de Paraguay (2012). Con el mismo sentido, los autores alemanes consagraron el concepto de *Ein kalter Putsch* (golpe frío). Una derivación es la expresión “dictadura constitucional”, con la cual definimos al régimen brasileño actual. Otra de sus características es lo que se denomina como “golpe continuado”, siempre inconcluso y en proceso, de implementación en un tiempo gradual y continuo.

6 Entre muchos otros ejemplos: (1) en 1955, para que asuman los electos en la disputa presidencial, Juscelino Kubitschek y Goulart, posesión que estaba amenazada, el Congreso declaró “inhabilitados para el ejercicio de la Presidencia” (figura desconocida por el derecho constitucional de Brasil) al Presidente Café Filho y al Vicepresidente (diputado Carlos Luz, Presidente de la Cámara de Diputados) y dio paso a la posesión, siguiendo el orden constitucional de sucesión, del presidente del Senado, senador Nereu Ramos, y (2) en 1961, debido a la renuncia del presidente Janio Quadros y el veto de los ministros militares a la posesión del vicepresidente, João Goulart, el Congreso Nacional, consolidando un acuerdo, transformó, en una noche, el régimen presidencialista en parlamentario, reduciendo los poderes del presidente de la República (elegido en un régimen presidencial), para así asegurar su posesión.

Esta misma articulación claramente actuó durante las elecciones y es una de las responsables de sus resultados.

Crisis ética

La historia no estaría bien contada, si no se aborda la crisis ética que afectó a las administraciones Lula-Dilma, y al PT y sus más destacados dirigentes, acusados de supuestos delitos de corrupción. Estas acusaciones, muchas que incluso involucran al ex presidente Lula —ícono de la izquierda brasileña y el líder popular más importante de nuestro campo—, ampliadas y explotadas por la derecha y amplificadas por los medios de comunicación, llevaron a la crisis doméstica de la política partidaria, alentando las reacciones de la oposición e incluso movimientos de masas.

De una u otra forma, consumado el *impeachment*, las acciones del Ministerio Público Federal y del Poder Judicial —en curso como movimiento continuo— se transformaron en una verdadera “caza de brujas”, digna de los peores momentos del macartismo estadounidense, centrado en el PT (cuyo registro se encuentra amenazado en el Tribunal Electoral) y especialmente contra el ex presidente, amenazado con el encarcelamiento, y contra quien se abrieron (y continúan abiertos) innumerables procesos judiciales y policiales, todos con nítido trasfondo político, y todos intentando vincular su imagen a la de un político corrupto, con el claro objetivo de deslegitimarlo ante la opinión pública y las masas trabajadoras.

Las elecciones se realizaron cuando el país ya estaba bajo el régimen Temer comandando la persecución de sus adversarios. La legislación electoral que las rigió fue concebida para fortalecer a los candidatos del poder y obstaculizar la elección de candidatos populares, es decir, de aquellos que no tienen el apoyo de la maquinaria política y económica. Así, se redujo el tiempo de campaña (para beneficiar a los titulares de cargos públicos y a quienes tienen una exposición permanente en los medios

de comunicación, tales como presentadores de televisión y, de forma especial y abusiva en Brasil, de pastores evangélicos reaccionarios), la participación de partidos y candidatos en la radio y la televisión se redujo al mínimo (candidatos de pequeños partidos como el PSOL, tenían, en la campaña mayoritaria, algo así como 15 segundos de exposición frente a una media de cinco minutos de sus adversarios), los debates se redujeron a casi nada, presentados, siempre, con formatos esterilizantes en altas horas de la noche.

Las elecciones también se realizaron con el país en recesión, con elevadas tasas de desempleo e inflación creciente, males que la sociedad, inducida por los medios de comunicación, atribuyó al gobierno de Dilma Rousseff.

Ni por eso las izquierdas brasileñas se unieron, y, desunidas, sufrieron una derrota sin precedentes desde 1984. Así, en un año, han soportado dos reveses importantes: la victoria del *impeachment* (con un amplio apoyo de las clases medias y el silencio de las masas populares) y la victoria de la derecha en las elecciones locales que se acaban de realizar. Con esta derrota, el ciclo que nace con la Constitución de 1988 muestra su agonía, y con él muere el ciclo neodesarrollista, sustituido por la asociación mutuamente dependiente del Estado autoritario con un neoliberalismo fundamentalista.

Sale fortalecido el proyecto neoliberal

La emergencia de las izquierdas y de las fuerzas populares, que comenzó con los movimientos que marcaron el final de la dictadura militar (1964-1984), da lugar al ascenso de la derecha, con el desplazamiento del centro, perdido por las fuerzas populares. Es significativa la aplastante derrota de la izquierda en el estado de São Paulo, la mayor concentración proletaria del país, su más dinámico polo económico, financiero y cultural. De esta victoria tratará de apropiarse del gobierno Temer, buscando un mínimo de legitimidad, y de ella se apropiarán las fuerzas reaccionarias, que profundizan su campaña antipetista y anti-Lula.

Su anunciada encarcelamiento —objetivo de las fuerzas conservadoras en acción conjunta con el Ministerio Público y el Poder Judicial— se vuelve más fácil y cercana. Cuando ocurra, sorprenderá tanto como el asesinato de Santiago Nasar de García Márquez.

En síntesis, de este proceso sale fortalecido el proyecto neoliberal. En este sentido, es importante tener en cuenta, como hemos insistido en los textos anteriores, que el objetivo del golpe no era ni es el *impeachment* (necesario), ni la posesión de Michel Temer (una contingencia). El proyecto de la derecha con esta operación es la implantación de un régimen de restricciones a los derechos laborales y de seguridad social; la congelación de las inversiones en educación, salud, ciencia y tecnología; la desnacionalización de la industria nacional y el abandono del proyecto de desarrollo económico autónomo; el retorno a una política exterior de Brasil subordinada a los intereses de Estados Unidos, poniendo fin a la política de articulación con los países de América del Sur y África, el debilitamiento del Mercosur y los BRICS; la cancelación de los proyectos nucleares, cibernéticos y espaciales de Brasil, que constituyen nuestros principales proyectos estratégicos. Al ser tan anti-popular, el proyecto de la derecha, para sobrevivir, tendrá que transitar del autoritarismo a la dictadura.

Ya sea para la resistencia de hoy o para la disputa electoral de 2018 —y es la gran lección de la crisis—, no hay otra alternativa para las izquierdas brasileñas que no sea su unidad como fuerza hegemónica de un gran frente amplio cuyo espacio prioritario debe ser el Frente Brasil Popular, que viene actuando desde 2015 y ya aglutina a los partidos del campo progresista, el movimiento sindical, sectores significativos de los movimientos sociales, intelectuales y estudiantes. Surgido en 2015, inspiraba a sus fundadores la resistencia al golpe y luego ese Frente se constituiría en un espacio privilegiado de articulación de la izquierda, llegando a convertirse en referente, junto con otros movimientos y frentes, de la resistencia al *impeachment*, y ahora, al gobierno usurpador, ilegítimo, de Michel Temer. 

Democracia y Estado en Panamá

Marco A. Gandásegui, hijo

Iniciamos este artículo con definiciones. Enseguida presentamos las tres partes: La primera, con las cuatro variantes de la democracia. La segunda, con un abordaje sobre la democracia y el régimen neoliberal. Por último, un alcance sobre la democracia en Panamá.

Breves definiciones son necesarias para abordar la cuestión del Estado y la democracia. Podemos entender el Estado capitalista como la correlación de fuerzas entre las distintas clases sociales –y sus alianzas– que se disputan el control sobre los excedentes que genera la economía, sobre los aparatos del gobierno y del monopolio sobre la violencia. La democracia, a su vez, es el régimen político que pretende ser el ‘gobierno del pueblo’ en busca de su legitimidad. El Estado neoliberal, a su vez, define la democracia como el régimen político que se adecúa a las demandas de los monopolios capitalistas en expansión a escala global. El sistema-mundo capitalista del siglo XXI impone ciertas reglas sobre los países que son parte del mismo. En su momento, alrededor de la década de 1980, el modelo económico en construcción fue bautizado con el nombre de “neo-liberal”. El régimen político, mientras tanto, se puso al servicio de la reproducción del Estado neoliberal.

En cambio, el Estado que pretende liberarse de las reglas del régimen monopólico del

sistema-mundo capitalista (imperialismo), define la democracia como el régimen político que aplica políticas independientes de los monopolios globales.

Según Wallerstein (2016), el Estado neoliberal representa la fase terminal del capitalismo como forma organizada de producción. Su decadencia se basa teóricamente en su incapacidad de generar excedentes. Empíricamente, el hecho está demostrado por la ‘recesión secular’ que caracteriza el capitalismo del siglo XXI. Quienes promueven el ‘rompimiento’ con el neoliberalismo pretenden construir sociedades alternativas.

Entre ambos modelos se establece una lucha ideológica con consecuencias económicas y políticas. Paradójicamente, ambos regímenes declaran su adhesión a una forma de organización política que llaman democracia. Ambos comparten ciertas reglas formales –producto de largas luchas históricas– como son los procesos electorales y la rendición de cuentas.

Las cuatro variantes de democracia

Conjugando los elementos mencionados, se pueden apreciar cuatro posibles variantes de democracia en el Estado capitalista del siglo XXI. La democracia bajo la dominación de los monopolios, donde los sectores subordinados no tienen formas de expresión y han sido expropiados de sus instrumentos de lucha. La segunda opción es la democracia bajo la dominación de los monopolios, pero con una hegemonía disputada. Es decir, los sectores subordinados tienen múltiples formas de expresión

Marco A. Gandásegui, hijo, profesor de Sociología de la Universidad de Panamá e investigador asociado del CELA.

y cuentan con importantes instrumentos, como partidos políticos, gremios sindicales y presencia en los aparatos ideológicos (medios de comunicación, educación e, incluso, en el reino de lo privado).

En la tercera variante, los monopolios han perdido su hegemonía y son subordinados a los aparatos gubernamentales que regulan sus actividades. Los monopolios, sin embargo, conservan un control significativo de los medios de producción y sobre las formas de expresión que siguen siendo muy poderosas: medios de comunicación, partidos políticos y el reino de lo privado (iglesias y familia). Por último, en la cuarta variante los sectores antes subordinados asumen el rol de dominantes y hegemónicos. La democracia en estas condiciones expulsa los monopolios del Estado y son expropiados de sus instrumentos de lucha.

En América Latina, la variante más común de democracia en el siglo XX (y en lo que va del presente) ha sido la primera: el régimen político bajo la dominación de los monopolios. En esta variante, encontramos regímenes militares que van desde un Pinochet o Videla, que se rodeaban de la aureola de la democracia pero no toleraban la disidencia, hasta gobiernos civiles como Costa Rica y Uruguay, en la actualidad, donde la clase dominante también es hegemónica. En la segunda variante, donde la dominación se aplica con una hegemonía disputada, las negociaciones son constantes entre los sectores dominantes y subordinados, hay más tolerancia pero complementada con una alta cuota de represión. Ejemplos de esta variante se expresan en países como Chile, México y República Dominicana.

La tercera variante de democracias latinoamericanas aparecieron en los últimos tres lustros donde los poderosos monopolios aún existentes no dominan las instancias políticas o ideológicas. Un conjunto de factores permitieron que alianzas políticas –encabezadas por partidos progresistas– llegaran al poder mediante elecciones. Según los analistas, el factor económico fue decisivo. La pérdida de

hegemonía de los monopolios (oligarquías global y nacional) y los altos precios de los productos (commodities) de exportación, crearon una ventana de oportunidad que fue aprovechada por movimientos sociales que llegaron al poder político: Venezuela, Ecuador y Bolivia son buenos ejemplos. También se pueden mencionar a Brasil, Argentina y Uruguay, cuyas experiencias han retrocedido significativamente. Los tres primeros se destacan por ser movimientos que se politizaron y mantienen el liderazgo dentro de la red de alianzas que construyeron. Los tres últimos, no lograron consolidar sus avances y fueron desplazados del poder. La experiencia de Brasil (2016), incluso, se parece mucho a Paraguay (2012) y Honduras (2007) cuyos presidentes fueron removidos por golpes de palacio o parlamentarios.

La cuarta variante de democracia en la región es la representada por Cuba que expulsó de su país a los monopolios. La Revolución cubana que triunfó en 1959 le arrebató la hegemonía a la clase dominante y le permitió a las clases subordinadas construir un modelo de régimen político totalmente original. La democracia participativa (socialismo) en un ‘estado de guerra’ aún vigente, 57 años más tarde, ha pasado por varias etapas, todas dirigidas a su consolidación.

Democracia y ‘neoliberalismo’

En el momento en que el neoliberalismo se consolidaba en la región (hace 25 años), Ruy Mauro Marini, señalaba que “en los debates que se libran en América Latina sobre la democracia, ésta es entendida esencialmente como el Estado que garantiza los derechos de los ciudadanos y les asegura mecanismos de intervención en la designación de los gobernantes y, por esa vía, en la opción por determinadas políticas”. La participación directa de los gobernados en la determinación de esas políticas es algo que aún no se plantea.

La democracia es tomada como algo adjetivo, un conjunto de procedimientos y mecanismos

capaces de calificar y, en ciertos casos, corregir el liberalismo. Nos limitamos a definir la democracia por sus aspectos formales, al revés de plantearla de manera dinámica. Es decir, la democracia es la forma en que se relaciona la sociedad civil (la población, sus organizaciones, sus clases sociales) y el Estado.

A principios de la década de 1990, la mayoría de los pueblos de la región confundieron el retorno a la democracia, después de un largo período de gobiernos militares, con el montaje de estructuras que le darían plena libertad de acción a las políticas neoliberales. La democracia coincidía, según los partidos neoliberales, con la descentralización, la desregulación y la flexibilización de la fuerza de trabajo. Las contradicciones que generaron las nuevas políticas neoliberales –post-militares o de otro tipo– vieron florecer movimientos contestatarios. En unos casos, los conflictos no eran canalizados por los sectores dominantes al carecer de un proyecto hegemónico (partido político). Este es el caso de Venezuela, Bolivia y Ecuador. El vacío fue ocupado por un movimiento de masas encabezado por un proyecto de liberación. En otros casos, los movimientos contestatarios lograron negociar alianzas con sectores desplazados de la cúpula de la clase dominante que les permitió ganar elecciones entre 2002 y 2015: Brasil, Uruguay, Argentina y Paraguay. Algo similar ocurrió con Nicaragua y El Salvador cuya experiencia guerrillera provocó un desenlace que ha dado como resultado gobiernos democráticos enmarcados por acuerdos policlasistas.

La democracia en Panamá y el proyecto de nación

El régimen militar panameño encabezado por el general Omar Torrijos (1969-1981) centró su lucha por la descolonización del país y la administración del Canal de Panamá (que implicaba conquistar la posición geográfica del Istmo). A diferencia de los otros regímenes militares de la región, enfrentados a la crisis del capitalismo monopolístico global, Torrijos se lanzó a la consolidación ‘tardía’ del mercado

nacional. El aparato militar (Guardia Nacional) se puso al servicio del objetivo de una ‘burguesía nacional’ aún en ascenso, que requería de un pacto social y de un proyecto nacional (la descolonización de la llamada Zona del Canal).

Para alcanzar el ‘pacto social’ la Guardia Nacional reprimió a la derecha y a la izquierda. Una vez ‘controlados’ los extremos políticos propuso un aparato político que pretendía reflejar el enfrentamiento de clases en el país. Ricaurte Soler (1980) lo calificaría como ‘bonopartista’ en el sentido que le dio Marx al calificar la dictadura de Luis Bonaparte como un régimen que se colocaba por encima de la lucha de clases.

Torrijos cumplió con gran parte de sus objetivos de soberanía, pero no consolidó el pacto social. Después de su asesinato se impuso un proyecto militarista que finalmente fue utilizado por EEUU para poner fin definitivo al proyecto de nación (alianza de clases) propuesto por Torrijos.

Washington cumplió con el ‘Tratado Torrijos-Carter’ del Canal de Panamá eliminando la llamada Zona del Canal, evacuando sus bases militares y entregando la vía interoceánica al gobierno panameño. Sin embargo, la invasión militar norteamericana en 1989 dejó en el poder un sector de la oligarquía panameña que adoptó inmediatamente el ‘Consenso de Washington’ y aplicó todas las recomendaciones de los ‘asesores’ neoliberales que enviaba EEUU. El país ha celebrado cinco torneos electorales (cada 5 años) entre 1994 y 2014 en que los partidos políticos de la oligarquía se han alternado en el poder político.

Las políticas neoliberales han debilitado a las organizaciones políticas y gremiales de los sectores populares en la medida en que han desaparecido los sectores productivos de la economía (‘tratados de libre comercio’) y los aparatos ideológicos (medios de comunicación, educación e iglesias) son controlados. La oligarquía monopoliza desde 2000 las fuen-

tes de ingreso producto de la posición geográfica privilegiada del país. Sólo los peajes del Canal de Panamá representan el 5 por ciento del PIB. Las actividades relacionadas con el tránsito representan el 25 por ciento de la producción nacional.

El proyecto de Nación tiene un componente esencial que es la democracia. Los panameños están construyendo, con dificultades, el país que anhelan bajo la guía de muchas generaciones. Como plasmó el artista cuna Olo-

gwadi en su obra 'Asaltadores del amanecer', hay que ser audaces como los próceres pero con un destino claro y preciso –y una nueva dosis de audacia– como el expresado por la juventud del 9 de enero de 1964. <

Bibliografía

Ricaurte Soler (1976), "Panamá, nación y oligarquía", *Tareas* (Panamá)

Immanuel Wallerstein (2016), "Secular Stagnation, or is it worse?", Quito: *América latina en Movimiento*, ALAI, 22 de septiembre.



La ofensiva del gran capital y las amenazas para Latinoamérica

Theotonio Dos Santos

La ofensiva del gran capital

La discusión en marcha en el mundo hoy se concentra en comprender la profundidad de la crisis financiera iniciada en 2007 y su relación con el conjunto de graves limitaciones del actual sistema mundial para garantizar la sobrevivencia de la humanidad. Estaríamos en una crisis final del capitalismo que hasta 2016 no ha alcanzado una recuperación suficiente, por lo menos en sus centros más importantes. En este contexto general, las economías hoy llamadas “emergentes” se desprenden de una posición subordinada del sistema mundial y conducen al surgimiento de muchos grupos de investigación que trabajan sobre la crisis mundial.

Como resultado de este giro de preocupaciones, emergen nuevos temas antes menospreciados en los centros de investigación conservadores, como la importancia de la concentración de la producción, del ingreso y de

las riquezas, así como del intercambio mundial de bienes y valores. Podría deducirse que sería casi imposible prever e interpretar estos fenómenos antes despreciados o, inclusive, suprimidos del centro de las preocupaciones científicas.

No creo que debamos hacer un trabajo demasiado grande para localizar las principales tendencias que se están desarrollando en la economía mundial para tener una capacidad de previsión y de identificación de sus posibles direcciones. La verdad es que la crisis iniciada en 2007 era relativamente previsible, pero su profundidad y duración sí se hizo más difícil de prever, debido a la existencia de muchos factores condicionantes de la misma. Si analizamos globalmente las últimas estadísticas macroeconómicas, veremos que emergen nuevos poderes económicos, sobre todo en Asia y, particularmente, China e India. El gobierno chino, principalmente, está activando sus reservas (de cerca de 400 billones de dólares, o trillones en inglés) que representan un enorme volumen de liquidez en un mundo donde prevalecen las deudas en los antiguos centros de poder. El antiguo grupo de las siete mayores economías y la Trilateral (Estados Unidos, Europa y Japón) son cada vez más incapaces de pagar sus deudas que son, por lo general, mayores que el valor de sus Productos Internos Brutos (PIB), pues se trata de economías donde prevalecen los déficits comerciales externos y los déficits fiscales internos.

Theotonio Dos Santos es Profesor Emérito de la UFF; Investigador Nacional Senior de la UERJ; Presidente de la Cátedra UNESCO sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable (REGGEN); Premio Mundial Economista Marxiano 2013, de la Asociación Mundial para la Economía Política (WAPE); Director del CEPES; Premio Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales de CLACSO (2015); Premio Cátedra Mestro Torres Gaitán, del IIEc / UNAM (2016).

De esta manera prevalece la tendencia a la valorización del yuan. Al valorizarse el yuan, China gana el poder de emitir su propia moneda con circulación internacional. Esto se multiplica cuando el gobierno de China busca fortalecer su economía creando “fondos soberanos” juntamente con otras potencias superavitarias con el objetivo de ampliar mundialmente sus inversiones. El gobierno chino ya lo viene haciendo desde algún tiempo atrás, mientras el yuan tiene circulación internacional creciente (del 2% de las divisas en el mercado internacional en 2012 el yuan alcanza el 8% en 2016). Es así como países de la OPEP y de Asia que están actuando en la misma dirección pueden aumentar su preferencia por la divisa China. Venezuela, como veremos, disminuyó mucho su capacidad de influencia internacional con la drástica caída del precio del petróleo y perdió mucha capacidad de crear un fondo soberano poderoso, porque ya no tiene reservas importantes en este momento. Pero esta situación provisoria debe cambiar. Se hace necesario que economías poderosas como la brasileña se liberen de la dictadura ejercida por sus bancos centrales que impiden

la creación de estos fondos, además de sabotear la creación del Banco del Sur y del Banco de los BRICS, que los pondrían en el centro del desarrollo de las Américas del Sur y Central, del Caribe y del Atlántico Sur. Sin despreciar una audaz política de aproximación del comercio con el Pacífico —centro privilegiado de los cambios de la economía mundial—.

Los cambios en el cuadro mundial y el destino de la humanidad

Después de un período de confrontación con estos cambios tan perjudiciales para los antiguos centros de poder hegemónico, se inició una ofensiva comandada por los Estados Unidos de presión sobre las economías del antiguo Tercer Mundo con un movimiento concentrado en la baja del precio internacional del petróleo. Este cuadro llevó a intentos de golpes e invasiones contra los centros alternativos al poder de estas potencias. Es así que Estados Unidos desata una situación de caos en el Oriente Medio, centrándose en Irán, Irak, Siria, Libia y extendiéndose a Paquistán y Afga-



nistán, pero perdiendo poder en toda la región. Al naufragar en sus intentos de dominar el Oriente Medio, intenta frenar el crecimiento de Rusia y su influencia creciente en la región que históricamente se vinculó con la Unión Soviética. Su intento de arrinconar a Rusia a través de un golpe en Ucrania desemboca en la pérdida de Crimea. Pero todo se hará más grave con el fin de la debacle petrolera, con la dificultad de integrar Turquía en un frente fracasado en el Oriente Medio y en Siria, en particular. Toda la ofensiva desatada en la región está en grave crisis en razón del aumento del precio del petróleo. Si Venezuela consigue estar aún bajo la dirección de la izquierda, en los próximos años, seguramente va a entrar en ese esquema de aprovechamiento productivo de las reservas ya descubiertas y su utilización como fondo de inversión que sirva de base, incluso, para fondos de inversión privados y compra de empresas mixtas. Es muy interesante anticipar esta situación porque, como veremos, el uso estratégico de estas reservas puede revertir rápidamente los impases de la presente coyuntura.

El mundo latinoamericano (incluido Brasil) y caribeño se encuentra en este momento sobre-determinado por la amenaza de la rebaja de las inmensas reservas que aún posee en este momento. Sin embargo, estos países han vivido, desde inicios de este siglo hasta hace tres o cuatro años, una situación de aumento espectacular de sus reservas monetarias que contrastan con las enormes deudas internacionales con que convivían en los años 80 y 90 del siglo pasado. Un mundo de países debilitados por deudas colosales y que no tenían dinero para impulsar una política de desarrollo debido a una deuda paralizante, se encontraban con grandes excedentes financieros, que permitían instalar gobiernos capaces de unir crecimiento económico y redistribución de renta, aunque moderada. Pero la miseria en que vivía y aún vive un tercio de la población de estos países permite que la reorientación de 2 a 3% de sus Productos Internos Brutos hacia estas poblaciones produzca cambios radicales en las vidas de millones de personas.



Es difícil aprender a convertir sus propios títulos de deuda en fuerzas para el desarrollo. Claro que hay poca gente dispuesta a comprar, en ese momento, los títulos de deuda sin ningún respaldo en producción de bienes o inclusive, valores ligados a servicios públicos o privados. Sin embargo, los Estados Unidos se mantienen con la emisión de títulos de deuda estatales que no tienen ninguna perspectiva de ser pagados por un gobierno que no tiene posibilidades de cubrir sus deudas, ya que no tiene ninguna propuesta a la vista de obtener un superávit fiscal que pueda permitir la disminución de su deuda. Con esta aventura, los Estados Unidos están recorriendo un camino muy peligroso porque se aguarda una gran devaluación que derrumbaría los valores del dólar masivamente. Podríamos prever que no solamente se trata de una hipótesis, sino que se siente, se sabe, que vamos a tener una gran devaluación del dólar. En un país que paga 0% de intereses por sus títulos públicos, comprar estos títulos que se emiten en una moneda en devaluación es un claro suicidio económico, cuyo costo solo puede ser asumido por países que tienen poderosos intereses geopolíticos comunes con el país de moneda decadente.

Esta situación nos muestra que tenemos que repensar mucho y estudiar mucho, no solamente con una visión regional del mundo, sino con una visión que se aproxime más a la realidad. Este fenómeno global, si lo analizamos con lo que está pasando en 2016, indica que estamos viviendo una alteración en la correlación de fuerzas dentro del sistema económico mundial, en el cual los centros de poder económico mundial están convirtiéndose en países comandados por grandes concentraciones financieras que dependen cada vez más de poderosas empresas estatales y colosales transferencias de recursos estatales. Este es un fenómeno realmente inesperado para aquellos economistas formados por el discurso neoliberal, e influenciados por una campaña contra las empresas públicas y por las ventajas de la privatización que predominaron desde la década del 80 hasta inicios del siglo XXI, cuando esta ofensiva entra en decadencia.

Las mayores empresas

A pesar de la campaña privatista, estas ideas fueron rápidamente reconvertidas a partir de los años 2000. Si nos basamos en las 10 primeras empresas, según el valor de sus acciones, veremos que la primera empresa en el mundo, en 2007, era Petro China con una diferencia bastante grande en relación a la segunda empresa. Mientras Petro China se acercaba a un trillón de dólares de acciones, (en inglés, un billón, en español), la Exxon de Estados Unidos, que es una empresa privada, pero muy relacionada al sistema estatal y particularmente al Pentágono, aparecía en segundo lugar. La demanda de los productos de esta empresa proviene de instituciones estatales, financiados con recursos públicos.

La General Electric se colocaba en tercer lugar, según el valor de sus acciones. Empresa muy ligada también al Pentágono y toda la estructura militar de EEUU, con inversiones a nivel global también. Luego se coloca la China Mobil e Industria y en quinto lugar la Microsoft, seguida de Gazprom, empresa estatal de Rusia. Habría que destacar que el Estado ruso retoma recientemente esta empresa que había sido privatizada por políticas de conversión de empresas públicas en privadas, generando súbitamente grandes riquezas, que promovió que los especuladores empezaran a comprar la Gazprom. No queda claro cómo fueron exactamente privatizadas esta y varias otras empresas.

Al re-nacionalizarla, el presidente Putin logró retomar el eje principal de la economía rusa, cambiando drásticamente la correlación de fuerzas de la economía mundial. No solamente por la situación del petróleo y gas, la presencia rusa inaugura una fase muy complicada, porque su participación aumentó mucho la competencia en la explotación petrolera y gasífera mundial. La presencia de Gazprom permitió, por ejemplo, que en ese momento se realicen reuniones de Rusia con Arabia Saudita, que es una acción fuera de lo común,

excepto por los intereses comunes en relación a los hidrocarburos.

China también se ubica en este juego de poder en el Oriente Medio, y probablemente esto tiene que ver con una estrategia petrolera que no se administra solamente desde la OPEP, sino que articula el apoyo de otros centros petroleros para conseguir, realmente, tener una posición de fuerza mundial. La obsesión de los Estados Unidos de mantenerse como líder incontestable de la economía petrolera mundial lo pone en confrontación con casi todos los países del mundo.

En el caso de América Latina, estas ambiciones desmedidas de los grupos dominantes en Estados Unidos llevaron al gobierno de ese país a forzar situaciones políticas en la región. Frente al decisivo hecho de que no cuentan más con apoyo militar para sus aventuras totalitarias, tienen que promover golpes de Estado apoyados fundamentalmente en congresos deslegitimizados, leyes absurdas improvisadas para servir a sus intereses, intervenciones jurídicas que convierten a la policía y a los tribunales en poderes medievales, así como en el dominio y monopolio absoluto de los medios de comunicación.

Es grave observar cómo las fuerzas de izquierda latinoamericanas se ablandaron con los pocos años de ejercicio del poder. Frente a la ofensiva general del gran capital en decadencia, se acomodan a su propuesta de retroceso ideológico y cultural que pretende transformar estas acciones desesperadas en fuente de una nueva legalidad que confunde la democracia con la movilización monopólica de los medios de comunicación y la restricción a los poderes populares que venían acumulándose en el siglo XXI, para desespero del gran capital en general.

El intento de “restringir” la cuestión democrática a una posibilidad de escoger un candidato entre los ya definidos por partidos sin participación popular; una incorporación formal de los pueblos sometidos desde las colonias,

negándoles las cuotas para integrarse en los verdaderos centros de decisión; unas restricciones a la moral patriarcal que se restringe a la libertad y realización parcial de las mujeres sin darles el derecho de decidir sobre su propio cuerpo. En fin, transformando conquistas parciales en objetivos finales y buscando ocultar la radicalidad del moderno ideal democrático según el cual la plena realización de los individuos no solamente debe ser “reconocida” socialmente, sino que debe buscar el pleno ejercicio de su condición de ser humano y de su poder para orientar los destinos de la humanidad, liberándola del sometimiento a las fundamentales contradicciones sociales que la oprimen. Se trata, en fin de cuentas, de restringir la plenitud del ideal democrático a simulacros de democracia.

Además, está claro que no se puede aceptar la reducción del concepto de democracia a los principios liberales que contradicen históricamente los principios democráticos. La libertad de los explotadores y violentos dominadores no puede ser un principio ordenador de un mundo cada vez más interactivo. No podemos aceptar como principio el de explotar a las grandes mayorías y acumular el 50% de la riqueza en manos del ya famoso 1% de la población mundial, en nombre de una eficiencia económica muy discutible. Si no fuera por el terror organizado y promovido por un sistema de poder en crisis profunda, sería jocoso pretender que la humanidad deba someterse a un mundo marcado por colosales desequilibrios económicos, crisis humanas y ambientales, permanentes amenazas de violencia y amenazas dramáticas a la sobrevivencia de la humanidad y del propio planeta tierra.

Está, pues, al orden del día una batalla de ideas que se dibuja en el planeta con fuertes colores. Nuestra capacidad de movilización contra la ofensiva del gran capital es crucial. Pero ésta debe reivindicar la defensa de una nueva sociedad, de una nueva economía y de una nueva cultura, así como la creación de los instrumentos necesarios para que cada ser humano se convierta en el dueño de su propio destino. <

El progresismo está atrapado en la telaraña institucional capitalista

Antonio Elías

Luego de la caída del muro de Berlín y el colapso del socialismo real, sectores importantes de la izquierda abandonaron la concepción de la lucha de clases. La propuesta socialista fue sustituida por un discurso «izquierdista» que se declaraba huérfano de proyecto, por lo que terminó, sin cuestionar el capitalismo, privilegiando la conciliación de clases expresada en las políticas de Estado y en la alternancia de partidos en el gobierno.

La lucha por una «democracia social y económica» que resumía y sintetizaba esta perspectiva izquierdista respecto a una democracia política burguesa que se limitaba, en el mejor de los casos, a garantizar el derecho al voto, se transformó, para muchos, en mejorar el nivel de vida de la población —sin redistribuir la riqueza acumulada— a través de una profundización del modelo del capital.

La conquista del poder y una salida anticapitalista —que suponen una ruptura del *statu quo*— quedaron de lado, no solo como práctica sociopolítica limitada por una determinada correlación de fuerzas, sino como sustento ideológico de muchas organizaciones de la Ila-

mada izquierda. Todo esto, por supuesto, con diferentes énfasis y niveles de profundidad en cada país.

En ese marco, en la primera década de este siglo —como contrapartida a la ofensiva neocolonial del capital y en el contexto de una importante crisis económica— los partidos de derecha fueron derrotados electoralmente por fuerzas políticas con raíces en la izquierda e importante base social en los trabajadores y en los pueblos originarios.

En los caminos de acceso al gobierno fueron cayendo y quedando de lado muchas banderas del programa histórico bajo el supuesto, nunca demostrado, de que no eran convenientes para la acumulación de fuerzas electoral. Se asumía así el axioma “politológico” de que las elecciones se ganan captando el centro del espectro político.

Las definiciones programáticas se fueron corrigiendo: primero, en forma ambigua, para acercar a sectores moderados; luego, frontalmente para obtener el aval de los señores del «mercado». Con ese objetivo se aceptaron cuatro principios: a) el mantenimiento y profundización de un orden constitucional y legal favorable al capital; b) la «política» no debe interferir las decisiones libres del mercado; c) la primacía de la democracia representativa sobre la participativa; d) el compromiso de garantizar la alternancia política, renunciando a los procesos de transición al socialismo.

Antonio Elías es Master en Economía, docente de la Universidad de la República, Uruguay; Director del Instituto de Estudios Sindicales Universindo Rodríguez; integrante de la REDIU y Vicepresidente de la SEPLA. Es miembro de REDEM, la REDH y el Grupo de Economía Mundial de CLACSO.

Cuando los gobiernos progresistas asumen en su práctica dichos «principios» e impulsan la humanización gradual del capitalismo renuncian —en los hechos— a los objetivos históricos de la izquierda. Así de claro, así de rotundo, para quienes entendemos que este modelo concentra y centraliza la riqueza a la vez que produce y reproduce la desigualdad y la exclusión.

Los gobiernos progresistas del Cono Sur, con todas sus diferencias, se inscribieron dentro de las variadas opciones de la institucionalidad capitalista para administrar la crisis. En Brasil y Uruguay, llegan al gobierno fuerzas de izquierda que renuncian a sus objetivos fundacionales y asumen las reformas de “segunda generación” del Banco Mundial como si fueran un programa superador del neoliberalismo y tratan de atenuar los males del capitalismo sin enfrentarlo como sistema. Argentina, merece un análisis específico por múltiples razones, entre otras, porque aplicaron políticas económicas heterodoxas en disputa con los organismos multilaterales y mantuvieron un papel geopolítico de apoyo a los países progresistas más radicales. En los tres países, sin embargo, los cambios son fuertes en el plano electoral —con reiteradas victorias nacionales y regionales—, mínimos o nulos en lo ideológico, pero en lo económico e institucional profundizaron el capitalismo.

En Bolivia, Ecuador y Venezuela, los cambios fueron profundos y se expresaron, entre otros aspectos, en reformas constitucionales que apuntaron al fortalecimiento de la soberanía nacional, la inclusión de los pueblos originarios y construcción de poder social; a su vez, hubo avances importantes en el enfrentamiento con las empresas transnacionales, restringiendo su capacidad de acumulación. Lo anterior, sin desmedro de reconocer que las reglas básicas del funcionamiento capitalista se mantienen.

Como consecuencia, en la mayoría de los países no se produjeron cambios significativos en el sistema de dominación —ni siquiera se

avanzó en esa dirección—y en otros, donde se había avanzado mucho en una primera etapa, ha habido frenos y retrocesos significativos. Todo ello en el marco de una heterogeneidad de situaciones que transformó el concepto “progresismo” en un gran paraguas que cubre a gobiernos cuyos procesos son distintos en contenido y profundidad.

Retroceso económico

Durante casi una década los precios de las materias primas que exportan estos países tuvieron precios mucho más altos que en períodos anteriores y eso posibilitó un aumento significativo de los recursos de que disponía el progresismo para llevar adelante sus proyectos de cambios profundos (Bolivia y Venezuela), los que avanzaron en una primera fase y luego quedaron a mitad de camino (Ecuador) y los que simplemente buscaron la legitimización social (Argentina, Brasil y Uruguay).

La caída de los precios de las materias primas, la recuperación del valor relativo del dólar —con las consiguientes devaluaciones— y el retraimiento de la entrada de capitales afecta económicamente y desestabiliza políticamente a los gobiernos progresistas.

Hay una tendencia al descenso de la actividad económica: desaceleración, estancamiento y, en algunos casos, recesión con lo cual se genera la caída del ingreso nacional y un aumento considerable del déficit fiscal. En contextos críticos, como los señalados, caen los ingresos reales de trabajadores y pasivos, se reducen los recursos destinados a los servicios públicos y a políticas asistenciales dirigidas a los sectores más desprotegidos, lo que provoca una pugna distributiva entre trabajo y capital y el creciente empobrecimiento de sectores sociales que dependen de subsidios del Estado. Lo anterior genera condiciones objetivas para la agudización de la lucha de clases, pero no existen condiciones subjetivas tales como conciencia, organización y dirección para poner en cuestión el dominio del capital.

En este proceso de retroceso económico el progresismo tiene reveses importantes: triunfó Mauricio Macri en Argentina (22/ 11/ 2015); en Venezuela obtuvo mayorías parlamentarias la oposición (06/ 12/ 2015) y las firmas necesarias para cumplir con la primera etapa del Referéndum revocatorio; en Bolivia fue derrotada la propuesta de reforma constitucional para posibilitar la reelección de Evo Morales (21/ 02/ 2016); en Brasil, luego de la aplicación forzada de los mecanismos constitucionales para destituir sin causas legítimas a Dilma Rousseff, su partido sufre una fuerte derrota en las recientes elecciones municipales (02/ 10/ 2016).

La situación es particularmente compleja porque lo que queda del progresismo, luego de perder el gobierno en Argentina y Brasil, debe enfrentar una agudización de las agresiones imperialistas —por diversos métodos— para desplazarlos de las posiciones de gobierno. El objetivo principal e inmediato sigue siendo el gobierno de Venezuela —el que más esfuerzos hizo para fijar un horizonte socialista y una integración regional antiimperialista— al que se trata de aislar internacionalmente, a la vez que se desarrolla una masiva campaña mediática buscando crear condiciones para legitimar todo tipo de confrontación interna y/o agresión externa.

Insuficiencias internas y ofensiva externa

En cualquier caso, no puede ignorarse que las derrotas electorales, la ofensiva del capital y las agresiones imperialistas han sido facilitadas, en mayor o menor medida, por insuficiencias internas, tales como: el burocratismo, la corrupción, la lucha por el poder y, fundamentalmente, por profundas desviaciones ideológicas. Tampoco puede desconocerse que no se ha logrado la transformación de la base productiva y que aumentó la primarización, la

extranjerización y la vulnerabilidad de nuestras economías.

Todo este proceso se encuadra dentro de una ofensiva estratégica del capital —que lleva décadas— por instaurar un modelo de acumulación que le permita aumentar la decaída tasa de ganancia y trasladar los costos de las sucesivas crisis a los trabajadores de los países periféricos. Para ello necesitan: a) reducir al mínimo las fronteras y las regulaciones económicas a través de Tratados de Libre Comercio y de Protección de Inversiones cada vez más invasivos y lesivos para la soberanía nacional; b) aplicar políticas de ajuste para bajar los costos del Estado y de la mano de obra con políticas restrictivas de diverso tipo.

Los límites del progresismo y las condiciones para su desplazamiento quedaron establecidos cuando se aceptaron las instituciones políticas y económicas del sistema capitalista. La ofensiva actual para sustituirlos por fuerzas políticas totalmente sometidas a los designios del capital se explicaría, en gran medida, porque los gobiernos progresistas tienen contradicciones internas importantes y no garantizan el cumplimiento de los objetivos económicos y geopolíticos de los Estados Unidos.

El acceso al gobierno, para los sectores de izquierda, era un camino que permitiría acumular fuerzas para avanzar hacia un horizonte socialista. Lo cual no fue así, seguramente, porque las clases dominantes mantuvieron el poder que deviene de la propiedad de los medios de producción y de la hegemonía mundial del neoliberalismo.

Cabe preguntarse, entonces, en qué medida estos gobiernos acercan, estancan o incluso alejan a las clases dominadas de la posibilidad de realizar transformaciones estructurales a favor del trabajo y en contra del capital. Esa es la cuestión que juzgará la historia. ☞

Democracia y poder popular

Luis Hernández Navarro

Una democracia con los bolsillos vacíos

En la década de los 80 del siglo pasado, América Latina emergió de los días oscuros de la dictadura militar con la esperanza de que la democracia traería la justicia social. No fue así. Obligados a aceptar las doctrinas de libre comercio del consenso de Washington, los gobiernos débiles y mal preparados que llegaron al poder subastaron los recursos públicos a precios de ganga, y quedaron atrapados por la lógica y los intereses del capitalismo global.

La élite se benefició, mientras que la mayoría de la población no ganó nada. El empleo apenas creció, los salarios del sector público se “reajustaron”, y la pobreza aumentó de forma espectacular. Los trabajadores sufrieron una doble desventaja: el costo de mano de obra mayor a la de sus homólogos chinos, y una menor educación que los europeos del Este.

Entre los saldos verificables que arrojó la entrada de América Latina en la globalización neoliberal, de la mano de la democracia procedimental, está el de la polarización social. El neoliberalismo profundizó la segmentación e hizo evidente que no eran con las viejas

clases políticas que ésta podría resolverse la desigualdad. Insertos débil y mal en la economía mundializada los países del área se dividieron internamente entre una elite que se benefició de esa inclusión y las amplias mayorías que quedaron fuera de ella.

El fin de los regímenes autoritarios y de la transición hacia la democracia en América Latina coincidió con la reivindicación del libre mercado como escuela de virtud. Con ella, llegó la hora de sustituir la política por el mercado, la administración pública por el manejo gerencial, la ciudadanía por los consumidores, la atención a la pobreza por la rentabilidad social. El llamado a “reinventar” el gobierno trasladó mecánicamente la ideología de la empresa privada a las políticas públicas. Lo empresarial se convirtió así, al margen de cualquier evidencia, en sinónimo de un gobierno eficiente, moderno, no burocrático, no corrupto y responsable.

Una nave que se hunde

Muy pronto, los efectos de esta desastrosa gestión gubernamental se hicieron sentir en la realidad. La transgresión de lo público por parte de los intereses privados polarizó las sociedades latinoamericanas. Y lejos de ayudar a mantener la cohesión social, desmantelar lo público para abrir sus competencias y funciones a lo privado, la fragmentó aún más.

Disminuida la legitimidad política nacional por el reino del mercado y la práctica abdicación de las funciones redistributivas y asis-

Luis Hernández Navarro es un periodista y escritor mexicano. Coordinador de Opinión del diario *La Jornada*. Sus últimos libros son *Hermanos en armas - Policías comunitarias y autodefensas* y *La novena ola magisterial*.

tenciales del Estado, y erosionada la figura del Estado-nación por la apología de la globalización, la identidad nacional de los sectores populares se disoció del Estado. Los sectores más pobres de la sociedad construyeron una identidad propia apartada de la identidad nacional del Estado. Se produjo una profunda crisis de representación política: los partidos tradicionales dejaron de representar a la ciudadanía, y los políticos que reemplazaron a los militares agotaron rápidamente su credibilidad.

Para sectores importantes del movimiento popular, quedó cada vez más claro que el gobierno no era una empresa y la administración pública no era sinónimo de gestión privada. Las lógicas de lo privado y lo público son distintas. Lo privado priva, excluye; lo público considera el interés general. Lo

público no puede gestionarse con la lógica de lo privado; no es un cliente al que hay que venderle un bien o un servicio. Poner al frente de lo público los intereses privados es desnaturalizar su función.

Surgieron así multitudinarias expresiones de descontento social que reivindicaron el espacio público en oposición a la privatización de los recursos naturales. La fuerza integradora de la vieja identidad nacional se reformuló ante el empuje de las reivindicaciones étnicas y regionales que convocaron y sumaron a los excluidos.

Este fue el contexto en el que la izquierda llegó al gobierno en algunos países. Las movilizaciones de masas que derribaron presidentes, desafiaron la hegemonía de Estados Unidos, frenaron el ALCA, detuvieron la privatización de empresas estatales y de recursos naturales, construyeron un nuevo sentido de identidad forjado en las demandas étnicas y regionales, y la unidad de los excluidos y marginados. En su horizonte estaba la construcción de poder popular. Antes de las victorias electorales, la nueva izquierda había obtenido una victoria cultural.

Poder popular

Desde la década de los setenta del siglo pasado, una enorme variedad de movimientos sociales y políticos han reivindicado la necesidad de construir el poder popular como un elemento central en la lucha por la emancipación social. Sin embargo, no hay una definición única de este concepto, pues con él se describen propuestas y realidades políticas distintas. Su alcance y significado es diferente, dependiendo de los países y los movimientos que lo reivindican.

Aunque, el concepto se refiere en lo esencial a los espacios de poder autónomo creados por los sectores subalternos, que cuestionan el orden imperante, practican la democracia participativa y son una especie de laboratorio en la creación de otra sociedad, en los he-

Universidad Nacional de General Sarmiento

maes | Maestría en Economía Social
(Categorizada "A") CONEAU

INSCRIPCIÓN
8va edición 2017 - 2019

Primer llamado
15/7 al 15/11 de 2016
Segundo llamado
16/11 de 2016 al 28/02 de 2017

Director Académico: **José Luis Coraggio**
Coordinadora Académica: **Natalia Quiroga Díaz**
Comisión Académica: **Ricardo Aronskind, Luis Beccaria, Claudia Danani, Claudio Fardelli, Susana Hintze y Mirta Vuotto**

Informes:
✉ maes@ungs.edu.ar ☎ (54-11) 4469-7744
ndiaz@ungs.edu.ar 4469-7753
🌐 www.ungs.edu.ar/maes

TEORÍA Y ACCIÓN POR OTRA ECONOMÍA

chos, su uso varía enormemente. No son lo mismo los órganos de poder popular en Cuba, que las Juntas de Buen Gobierno zapatistas, las fábricas ocupadas en Argentina, los Consejos Comunales en Venezuela, las policías comunitarias de Guerrero, o la experiencia del Cauca colombiano.

En unos casos, el poder popular se reivindica como una vía para generar una fuerza contrahegemónica por afuera de los espacios de la política institucional. En otros, es parte de procesos de transformación de Estados en disputa. En algunos más, se concibe como instrumento para democratizar la democracia procedimental.

Distintas formas de poder popular han surgido a lo largo de los últimos veinte años en el continente, asentados en los territorios de pueblos indígenas en proceso de reconstitución como pueblos o naciones, de grupos campesinos en defensa de sus tierras y recursos naturales, y de movimientos urbano-populares en las periferias de grandes ciudades.

El concepto de poder popular da cuenta de cómo nuevos sujetos históricos se han ido construyendo alrededor de la resistencia al despojo del territorio, la autogestión y la autonomía y la autodefensa.

Con mucha frecuencia, la estrategia de construir poder popular es reivindicado por quienes dentro de la izquierda consideran que es absolutamente insuficiente para transformar un país ganando los gobiernos por la vía electoral.

A su manera, el debate sobre el papel del poder popular en la construcción del socialismo en América Latina reedita la discusión que dividió al movimiento obrero después de la revolución rusa entre comunistas y socialdemócratas. El poder popular ocupa hoy el papel que en aquel entonces se le asignó a los consejos obreros como vía para la extinción del Estado.

Gobiernos progresistas, movimientos sociales y democracia

Los gobiernos progresistas del hemisferio intentaron una reconstrucción de la arquitectura del poder y la geopolítica regional, basada en el rechazo de las políticas de la Casa Blanca y el surgimiento de nuevos procesos de integración hemisféricos.

Elemento central de esta redefinición fue la demanda del control nacional de los recursos naturales —que produjo grandes conflictos con las multinacionales—. Hoy los estados tienen un mayor control sobre los recursos. Sin embargo, algunas organizaciones sociales e indígenas han criticado a los gobiernos por basar sus estrategias en un modelo “extractivista”, modelo en el que América Latina sigue siendo uno de los principales productores y exportadores de materias primas.

Estos desafíos desde la base sobre el modelo de explotación de los recursos naturales chocan con la necesidad de los Estados populares de contar con recursos para combatir la pobreza, construir infraestructura e impulsar el desarrollo.

La extracción de los recursos naturales trajo nuevos ingresos al continente. Los nuevos gobiernos los utilizaron para financiar programas sociales y para combatir la pobreza. Pero en algunos de esos países, no hubo un cambio de fondo en la transformación del Estado.

América Latina es la región del mundo en el que se están produciendo el mayor número de cambios y los de mayor profundidad a favor de un orden posneoliberal. Raúl García Linera describía el proceso de transformación que se vive en Bolivia como el intento de cambiarle el motor a un automóvil en marcha. Sin embargo, la transformación social en curso aún no ha producido resultados definitivos. Las disputas sobre el papel del Estado y la dirección de la integración regional y la política de desarrollo no han sido resueltas.

Peor aún, a América Latina le llegó la era de los golpes de Estado “blandos”. El ciclo comenzó en 2009 en Honduras, se siguió en 2012 con Paraguay y tuvo su última estación de llegada en Brasil en 2016. En Venezuela, las intentonas de dar un golpe de mano no han parado desde 2002. La pretensión de los gobiernos progresistas de forjar un área autónoma de los Estados Unidos y privilegiar relaciones con China ha sido sancionada.

En medio de estos golpes “blandos”, del avance de una nueva derecha y de sus propias limitaciones, los movimientos populares en Latinoamérica se mueven y responden. Sin exagerar, puede decirse que se encuentran en una situación límite. En ellos están

presentes tanto la voluntad de convertirse en un nuevo poder constituyente como la réplica de antiguas prácticas clientelares y corporativas, pero ahora justificadas por una envoltura de izquierda.

Como sucede cuando el cauce de un río desemboca en el mar y se encuentran corrientes encontradas provocando remolinos, así las diferentes fuerzas que corren en la sociedad latinoamericana provocan en los movimientos sociales turbulencias. Las aguas del cambio en la región son turbulentas. Lo seguirán siendo durante varios años. Democracia y poder popular seguirán siendo ideas-fuerza clave para navegar en medio de este torbellino. <



CONFEDERACIÓN SINDICAL DE TRABAJADORES Y TRABAJADORAS DE LAS AMÉRICAS



Quiénes Somos

La Confederación Sindical de trabajadores y trabajadoras de las Américas (CSA) es la expresión sindical regional más importante del continente americano, siendo la organización regional de la Confederación Sindical Internacional (CSI), y representa más de 60 millones de trabajadores/as.



**JORNADA
CONTINENTAL
POR LA DEMOCRACIA
Y CONTRA EL
NEOLIBERALISMO**

PARA SEGUIR AVANZANDO
EN ESTE PROCESO DE
ARTICULACIÓN,
JUNTÉMONOS EN LAS
CALLES DE NUESTRA
AMÉRICA EN UN
MOMENTO IMPORTANTE.

ESTE 4 DE NOVIEMBRE DE 2016
GRITEMOS A UNA SOLA VOZ:

¡LOS PUEBLOS SEGUIMOS EN LUCHA POR NUESTRA
INTEGRACIÓN, AUTODETERMINACIÓN Y SOBERANÍA,
CONTRA EL LIBRE COMERCIO Y LAS TRANSNACIONALES!

• facebook [Jornada-continental-por-la-democracia-y-contra-el-neoliberalismo](#)
• sitio [seguimosenlucha.wordpress.com](#) • twitter [@seguimos_lucha](#)



AMERICA LATINA *en movimiento*

revista mensual

ACTUALIDAD Y PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

- **Realidad Regional**
- **Procesos Sociales**
- **Problemáticas Contemporáneas**

Un esfuerzo conjunto de analistas y pensadores destacados, organizaciones sociales y ciudadanas, escritores y comunicadores comprometidos con las causas sociales.

Fuente de información imprescindible para líderes de opinión, dirigentes sociales, activistas políticos, centros de estudios y formación, periodistas y medios de comunicación, organismos de desarrollo...

¡SUSCRIBETE!

Tu aporte garantiza la continuidad y calidad de nuestra labor informativa
info@alainet.org • www.alainet.org/revista_phtml